

¡FUEGO!

Cuando era joven, trabajaba durante los veranos en los bosques de Oregon –en el noroeste de los Estados Unidos– cortando madera. Una tarde cálida y seca, no muy agradable, del mes de agosto, como a unos 15 metros de donde me encontraba, vi un cable caer con fuerza sobre una roca y soltar chispas incandescentes en un cúmulo de basura seca que cubría la superficie del bosque. Las llamas brotaron instantáneamente y se propagaron hacia todas direcciones. Abalanzándome sobre el fuego, empecé a golpear las llamas con mi sombrero y mi camiseta, en un vano esfuerzo por sofocarlas. Las llamas eran tales que rápidamente se propagaban en un círculo cada vez más grande y difícil de apagar.

Todos los compañeros de trabajo cesamos las operaciones de corte de madera, e hicimos lo mejor que pudimos para apagar el fuego, pero el día era demasiado caliente y el pasto y los árboles estaban resecos. Por la tarde, gigantescos aviones sobrevolaban derramando un líquido extinguidor, color rosa, sobre un fuego que ya había consumido centenares de hectáreas. Pasarían días antes de que el fuego fuese extinguido totalmente.

Desde ese día en adelante, nunca pude pensar en el Pentecostés sin recordar aquellas llamas en las montañas de

Oregon.

El ministerio de Jesús en la tierra duró tres años. No trató de evangelizar a su pueblo escogido Israel. Tampoco trató de evangelizar a los gentiles no creyentes. Pero, a orillas del lago, y en las laderas de las montañas, pronunció sus parábolas: historias sencillas que ayudaban a la gente a entender su reino espiritual. No realizó reuniones evangelísticas, no trazó un mapa en un intento frenético por conquistar al mundo.

En vez de eso, Jesús se consagró por entero a preparar, enseñar e instruir a sus doce discípulos, hombres sencillos que confiaron en él de tal manera que abandonaron sus trabajos a fin de seguirle –aprendiendo de él– por escasos tres años. Le siguieron mientras ministraba a todos los que lo buscaban y pedían su ayuda. Sanaba al paralítico, al ciego, y les hablaba la verdad acerca de Dios, demostrando cómo es el amor cuando se lo ve de cerca.

Jesús encendió en esos doce corazones una gran chispa. Pero esos corazones no estaban tan resecos y sedientos como para hacer una erupción y estallar en llamas. Eran como árboles verdes, no como árboles secos. Cuando el ministerio de Cristo alcanzó su peldaño más alto en la cruz, uno de los doce lo traicionó, y otro lo negó.

Mas, a pesar de todo, el amor ardía lentamente en los corazones de todos ellos, excepto en uno. Cuando después de tres días Jesús se levantó de la tumba, las llamas ardieron con mayor fulgor. Luego, ascendió a los cielos ante la vista de sus discípulos compungidos.

70 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Pero antes de hacerlo, les prometió que les enviaría su Santo Espíritu para que estuviera con ellos todos los días, hasta el fin del mundo.

Después, los discípulos se juntaron en el aposento alto y pasaron diez días en oración, limpiando sus corazones del egoísmo, el cual podía retardar el fuego purificador. Buscaron y esperaron al prometido Espíritu Santo que les daría poder.

“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos, y fueron llenos del Espíritu Santo” (Hech. 2:2-4).

¡Pentecostés!

El fuego que había ardido en ellos lentamente por más de tres años se fortaleció y creció a semejanza de las lenguas de fuego que se les aparecieron. Y ahora todos sabemos que un poder que “sopló como el viento” produjo llamas. Los seguidores de Cristo fueron incendiados con el poder y la pasión del amor puro: consumidos en una llamarada de celo, de urgencia y determinación incontenible por rescatar al mundo para su Salvador resucitado. Al bajar del aposento alto, Pedro habló en nombre de todos, predicando con poder guiado por el Espíritu Santo, de tal manera que cuando terminó, tres mil personas aceptaron a Jesús y fueron bautizadas.

La iglesia cristiana había nacido. Y desde ese momento, se esparció en el mundo tan rápidamente y sin detenerse,

que no mucho tiempo después los que se oponían a los creyentes se quejaban de que éstos habían trastornado “al mundo entero” (véase Hech. 17:6).

Parecía que la Iglesia Cristiana –el nuevo Israel de Cristo– estaba destinada a atraer rápidamente al mundo entero a Cristo con el poderoso magnetismo del amor y la verdad. Porque el amor de Cristo –demostrado en sus vidas vaciadas de egoísmo y en la muerte sacrificial de Jesús– tenía el poder para hacer lo que ningún otro podía. Derretía los corazones, destruía el yo, y hacía que el orgullo les pareciera repulsivo. Y la verdad de Cristo –así como él la enseñó y vivió– expuso las mentiras de Satanás tales cuales eran, y exaltó a un Dios y Padre amante, dispuesto a hacer volver de nuevo hacia él a sus hijos rebeldes.

Una suave llama azul

La verdad es que el fuego del Pentecostés no era un emocionalismo descontrolado, como las llamas grandes, amarillas y llamativas de un soplete recién encendido. No, eran como las llamas de un soplete que ha sido cuidadosamente ajustado, de tal modo que su llama arda con una suave flama azul blanquecina, de una intensidad bien controlada. Esa blanquecina llama caliente, pentecostal, era que Dios había descendido para llenar plenamente a los seres humanos con su Espíritu. Y, puesto que Dios es amor, cada creyente llegó a ser una antorcha viva para encender a otro con ese mismo fuego. Y cada nueva antorcha prendía el fuego en otras, iniciando así una reacción en cadena que

72 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

se movía de hogar en hogar, de pueblo en pueblo, y de una provincia a otra.

No hay que olvidar, sin embargo, que el fuego del amor de Dios no es como el amor comúnmente celebrado en cantos, poesías y escenas teatrales de esta tierra.

El amor de Dios no da para conseguir.

No es una emoción pasajera.

No es una infatuación momentánea.

Nunca abandona cuando las cosas se ponen difíciles: cuando el encanto ha pasado.

El amor de Dios fue visto en su mayor expresión en la cruz. El supremo sacrificio jamás realizado, no fue hecho para beneficio de un pueblo que lo merecía, sino para “todo aquel que en él cree”. Dios amó a los que había creado a pesar de su rebelión... a pesar de su deseo de eliminarlo a él. Dios los amó porque los había creado. Eran suyos, y daría hasta su propia vida para salvarlos.

Bajo ataque

En la cruz, la suerte de Satanás quedó sellada. Sería el gran perdedor en el Gran Conflicto entre él y Cristo. Satanás había aspirado a ser otra superpotencia en el universo; sus esfuerzos ahora se habían paralizado. Era ahora un oponente inútil e incapaz.

Pero, mientras tuviera vida y aliento, se opondría a Cristo y a su pueblo con más saña: la iglesia. Él iba a desatar el terror, el egoísmo y las mentiras, y haría todo lo posible para destruir a la naciente iglesia.

Para los que tuvieran ojos para ver y oídos para oír, el contraataque de Satanás no los tomaría por sorpresa. Mientras el apóstol Pablo llevaba adelante su ministerio, primero para convertir a los judíos y luego a los gentiles, dio las siguientes palabras de admonición: “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hech. 20:29,30).

Satanás atacó a la naciente iglesia desde afuera y desde adentro. Desde afuera, los “lobos rapaces” que atacaron al rebaño. Desde adentro, se levantaron hombres hablando cosas perversas.

¿Cosas perversas?

En otra carta, Pablo amplía más el tema cuando escribe: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Tim. 4:3,4).

Sana doctrina, versus fábulas.

Verdad, versus mentiras.

La lucha entre la verdad y la mentira –entre la sana doctrina y la falsa doctrina– llegó a ser tan real y dura, que Pablo fue motivado a reprender a una iglesia con las palabras más fuertes jamás habladas: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir

74 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

el evangelio de Cristo. Mas, si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema" (Gál. 1:6-9).

Pablo reforzaba sus amonestaciones en contra de las herejías que se levantarían dentro de la iglesia, al declarar que unos pocos tendrían ojos para ver: "el misterio de iniquidad, ya está obrando", dijo (2 Tes. 2:7).

Fue así como, aun después de la cruz, Satanás continuó luchando sin cejar en contra de Cristo. Él no escatimó nada. Atacó el carácter de Dios, su ley, su verdad, su evangelio, su iglesia y a su pueblo.

Desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abrahán, desde Abrahán hasta Cristo, siempre, siempre hubo quienes fueron fieles a Dios y a su verdad. En ocasiones fueron muchos, otras veces pocos (como en el caso de Noé y el Diluvio): solo ocho personas. Pero ya sea con esos ocho en ocasión del Diluvio o más de tres mil en el Pentecostés, la cadena inquebrantable de fieles ha continuado a través del tiempo.

¿Quién sabe cuántos verdaderos fieles siguieron a Cristo durante el esplendor de la iglesia primitiva? ¿Quizás millones? Lo que sabemos es que, así como Pablo había advertido, el gran enemigo se levantaría y orquestaría, vez tras vez, un ataque frontal y crucial contra los escogidos de Dios. Usó tanto la persecución de afuera, como la herejía de adentro, para tratar de destruirla.

Toda la dramática historia de la iglesia cristiana –desde

el Pentecostés hasta la Segunda Venida de Cristo— se encuentra en el libro de Apocalipsis. Los primeros tres capítulos contienen el mensaje a las siete iglesias. Las siete iglesias, en realidad, son la continuación de una sola iglesia: en diferentes períodos de su historia. El principio y el fin exactos de cada etapa pueden no estar precisamente señalados, varían aun de un erudito a otro. Pero, en general, se presentan aquí las siete iglesias y su tiempo aproximado de duración en la historia:

Éfeso	Desde el Pentecostés hasta aproximadamente el año 100 d.C.
Esmirna	Desde el año 100 hasta aproximadamente el año 313.
Pérgamo	Desde el año 313 hasta aproximadamente el año 538.
Tiatira	Desde el año 438 hasta aproximadamente el año 1517.
Sardis	Desde el año 1517 hasta aproximadamente el año 1798.
Filadelfia	Desde el año 1798 hasta aproximadamente el año 1844.
Laodicea	Desde el año 1844 hasta el fin.

En los siguientes capítulos de este libro, consideraremos la historia del pueblo de Dios en cada uno de estos períodos de tiempo, bajo los símbolos de las siete iglesias. El próximo capítulo tratará de las primeras tres: Éfeso, Esmirna, y Pérgamo.

76 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

De allí, seguiremos a la iglesia a través del largo túnel de la Edad Media, bajo el símbolo de Tiatira. La iglesia de la Reforma sigue bajo el símbolo de la iglesia de Sardis. De la Reforma, hasta el año 1844, exploraremos a la iglesia al entrar en lo que en la historia se conoce como el “gran despertar del advenimiento”: la iglesia de Filadelfia.

Con el año 1844, llegamos al surgimiento del remanente, y los capítulos finales de este libro tratarán sobre el rol del remanente. Estos capítulos debieran ser de un gran interés e importancia para usted y para mí, pues tratan acerca de los Estados Unidos. Tratan acerca de nuestros privilegios y las obligaciones de continuar en la cadena irrompible de fieles. Muestran cómo Dios quiere usarnos en nuestra vida diaria para atraer a los rebeldes. Tratan de que sepamos quiénes somos y por qué estamos aquí.

Hay una línea trazada desde Adán hasta usted y yo. Y en medio de ese período de tiempo, por unos seis mil años o más, Dios ha forjado su cadena irrompible de fieles y leales.

Yo quiero ser uno de los eslabones fuertes de esa extraordinaria cadena: un eslabón al cual otros puedan, oportunamente unirse, a fin de extender la cadena a través del tiempo, hasta que la gran batalla cósmica termine.

Y, terminará muy pronto, mi amigo.

Pronto... pero todavía no.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
–los llamados, los escogidos–, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*